

La actualidad de una experiencia religiosa

P. Macos Ruiz O.P

La aceleración¹ del tiempo puede llevar a la destrucción de la experiencia. Esta ha sido la conclusión a la que llegaba J.A. Zamora en su conferencia. Y yo añadiría: y sobre todo, de la experiencia religiosa.

Después de escuchar las dos primeras conferencias de este seminario, yo también me pregunto: ¿La búsqueda actual de espiritualidad de que hablaba J.Parra, o las inquietudes manifestadas por A. G. Santesmases, no serán ya reacciones ante el miedo de que disminuya o desaparezca la experiencia religiosa en nuestro mundo secularizado y acelerado? La secularización se ha llevado o ha debilitado estructuras que en el tiempo pasado nacieron para favorecer la experiencia religiosa y la vivencia espiritual. ¿Será posible hoy mantener lo que queda de estas estructuras de otro tiempo y recuperar incluso lo perdido para favorecer el resurgimiento espiritual en nuestro tiempo?

Es lo que a mi me toca exponer, y lo voy a intentar en los siguientes puntos:

- Una mirada a nuestro tiempo
- Hacia una nueva vivencia de la espiritualidad
- ¿Restaurar el pasado o mirar al futuro?

1. Una mirada a nuestro tiempo.

Seguramente que muchos de los que estamos aquí ya hemos hecho este ejercicio de mirar a nuestro tiempo, por distintos motivos y desde distintos puntos de vista. Yo quiero mirar hoy a nuestro tiempo como el momento en el que la humanidad ha experimentado un gran cambio religioso. Y quiero

¹ Conferencia dada en la Cátedra Santo Tomás en Ávila

ver en ello una oportunidad para el despertar espiritual, se exprese en formas que proceden de otro tiempo o busque expresarse de otra manera.

Hablando en general, y sobre todo hablando de espiritualidad, que siempre supone activar la fe que uno tenga, creo que es importante ver lo que nos ocurre como una oportunidad para algo, y algo mejor. Todo lo que ocurre es un desafío y una oportunidad. La historia avanza a base de desafíos, decía el gran historiador Toynbee. Y en el mundo religioso hablar de oportunidad y desafío es hablar de los signos de los tiempos, hablar de un impulso del Espíritu que quiere conducirnos a algún lugar. ¿Qué nos quiere decir el Espíritu con este cambio religioso? ¿Quejarnos de que nuestro mundo se defina como un mundo secularizado? ¿Quejarnos del “laicismo que nos invade”, como dicen algunos, del “laicismo agresivo” que dicen otros, del “relativismo, nuestro mayor enemigo”? Eso son mecanismos de defensa, que no conducen a nada constructivo. No, no quejarnos de nada, abandonar definitivamente cualquier actitud victimista, y ver que esto es una oportunidad. Dicen los expertos que hay preguntas que sanan y preguntas que enferman. Una pregunta que enferma es decirse: ¿por qué me pasa esto a mí?, ¿por qué me tiene que ocurrir?, ¿por qué me han hecho esto? Eso enferma. La pregunta que sana es decirse: ¿qué puedo aprender yo de esto?, ¿cómo puedo vivir esto constructivamente? De modo que la pregunta no es por qué está sucediendo el cambio religioso sino qué puedo aprender de él. En términos religiosos sería decir: ¿qué me (nos) está diciendo el Espíritu en medio de este cambio o por medio de este cambio?.

Por otra parte, hablando de la espiritualidad, que siempre nos refiere a Dios, aún cuando se le niegue y uno se quede en la mera trascendencia, deberíamos ser muy humildes. A esto podría ayudarnos lo que decía Du Al Nun, místico egipcio del siglo IX: “Sea lo que sea lo que os imagináis, Dios es justo lo contrario”. Pero si os imagináis lo contrario, sigue siendo lo contrario, de modo que no os hagáis muchas ilusiones. Todo esto, dicho en un lenguaje más normal, sería afirmar que “Dios no cabe en nuestra mente”. ¿No será esta una de las razones de muchos abandonos de la religión y de muchas búsquedas en la oscuridad? Para tratar de espiritualidad, hay que ser muy humildes.

1.1. Un cambio de época.

Por más que los cambios hoy sean constantes, es ya un tópico decir que no estamos en una época de cambios, sino más bien en un cambio de

época. Kart Jaspers, gran pensador alemán, hablaba del “nuevo tiempo axial”. Según él ha habido tres épocas axiales: el paso del Paleolítico al Neolítico; el cambio ocurrido en torno al siglo VI antes de Cristo, con el nacimiento del pensamiento filosófico en Grecia; y el momento presente, que realmente es un cambio de envergadura. Otro pensador más cercano a nosotros, Raimundo Pannikar, hablaba de una gran “mutación cultural” que conmueve los pilares de la misma civilización. Algunos comparan este cambio, en el que estamos inmersos y por eso no lo apreciamos del todo, con los cambios en el Neolítico, que revolucionaron la historia de nuestra especie. Y, mirando al futuro, dicen que es absolutamente imprevisible.

¿A qué se debe este cambio sin precedentes? En primer lugar, a un hecho muy simple: que somos seres situados y, por tanto, sólo podemos conocer de una forma relativa, en relación al espacio y al tiempo en que vivimos.

La relatividad es el único modo humano de conocer. Lo cual, aunque a primera vista levante sospechas en algunos, nos libera de dos grandes peligros, sobre todo en el campo de la religión: el “relativismo nihilista”, para el que todo vale lo mismo, y por lo tanto nada vale nada, y el “absolutismo dogmático”, que se alza en solitario con la posesión de la verdad, despreciando a quien no piense de la misma manera.

En segundo lugar, el cambio actual se debe a la evolución de la conciencia. La conciencia, entendida como capacidad de ver y comprender, evoluciona, como cualquier otra realidad. En realidad deberíamos llamarla “consciencia”, para no confundirla con la conciencia moral. Jürgen Habermas, filósofo contemporáneo, lo dice muy bien: “Nuestra consciencia no es una cualidad innata, sino que es el resultado de un proceso evolutivo”. Nuestros antepasados no podían ver el mundo como nosotros lo vemos, lo mismo que un niño no puede ver la realidad de la misma manera que un adulto.

En definitiva, el cambio consiste en que estamos asistiendo a un cambio de paradigma. ¿Y qué es un paradigma? Un paradigma es como un filtro, unas gafas, unas lentes, un marco, que te permite ver unas cosas y te impide ver otras. Una definición más académica de paradigma puede ser ésta: “Un paradigma es toda una constelación de ideas, creencias, presupuestos, valores, hábitos, normas de comportamiento... que constituyen un marco a través del cual vemos la realidad”. Siempre que pensamos, lo hacemos dentro de un paradigma determinado. Y eso es una llamada permanente a la humildad, máxime en el campo de las creencias religiosas. Al hablar no se trata de tener razón o no tenerla. Se trata de

conocer el marco en que se sitúa cada uno y, a partir de ahí, comenzar a dialogar. Incluso es bueno dialogar con uno mismo, y darse cuenta de la propia evolución.

En el tema que nos ocupa, el cambio grande que se ha dado en nuestro mundo, se debe a que hemos pasado en poco tiempo por tres paradigmas diferentes. Veamos cada uno de ellos y cómo cada uno contempla el hecho religioso.

1.1.1. El paradigma premoderno.

Para el paradigma premoderno la tierra era una realidad intermedia entre el cielo, morada de los dioses, y el abismo, morada de las fuerzas del mal. La mayoría de nosotros hemos sido educados en este paradigma.

¿Cuáles son sus características principales? Yo señalaría las siguientes:

- La realidad está dividida en tres planos, incluso físicamente, y la tierra es el intermedio.
- La tierra se veía como algo no autónomo, de modo que todo lo que en ella sucedía era por influjos celestiales (lo bueno) o infernales (lo malo). Los mismos evangelios se escriben en este paradigma, y hay que traducirlos al hoy de nuestra realidad.
- El ser humano tampoco es autónomo y vive pendiente de fuerzas extrañas, lo cual choca con la mentalidad moderna que ha descubierto la autonomía como primer valor.
- Dios es un ser separado, distante e intervencionista. Este paradigma tiene una concepción objetivante de Dios. Lo considera como algo o alguien separado, lejano, incluso físicamente. Dios es el que hace, el que interviene desde fuera por su omnipotencia, y como tal se le invoca, se le pide su ayuda e intervención en nuestras vidas. La religiosidad que procede de aquí obedece a un determinado nivel de conciencia sobre la realidad en general, y sobre Dios en concreto.

1.1.2. El paradigma moderno.

¿Por qué se produce un cambio de paradigma? Por el mismo motivo por el que alguien cambia sus gafas: porque las que está usando ya no le permiten ver bien.

Cuando surgen preguntas para las que el paradigma no tiene respuestas, se impone un cambio. Esto pasó en la física, con el cambio de la física de Newton a la física cuántica: se cambió porque empezaron a comprobarse cosas a nivel subatómico para las que la física newtoniana no tenía respuestas.

En el terreno religioso pasó lo mismo. Y ¿para qué no tenía respuestas el paradigma religioso anterior? Para la autonomía del mundo natural o físico. Ponemos un ejemplo: Santo Tomás de Aquino, una de las más brillantes inteligencias católicas, decía sobre el movimiento de los astros, que cada uno de ellos se movía porque era empujado por un ángel. Tal afirmación, en aquel “idioma cultural” (paradigma premoderno, caracterizado por la heteronomía) era totalmente coherente. Vienen Copérnico y Galileo y dicen que no, que la tierra no es el centro, que los astros se mueven de forma rotatoria alrededor del sol, que existen unas leyes físicas que gobiernan el movimiento. Entonces, si el mundo es autónomo, ¿qué hace Dios? *El paradigma anterior se empieza a quedar sin respuestas*, había que buscar uno nuevo. Así nace el paradigma moderno.

Esa autonomía comienza a reconocerse en el mundo físico de las leyes naturales. Pero sigue en el mundo de la política, en el mundo de la economía, en el mundo de la psicología y hasta en el mundo de la ética y la moral.

Un paradigma no tiene fecha de nacimiento. Es algo que se va fraguando poco a poco como todos los movimientos en la historia. Podríamos decir que el paradigma moderno se consolida en el s. XVIII con la Revolución Francesa, que reclama la independencia y autonomía de la razón y de lo mundano frente a los poderes religiosos. Pero en realidad es un movimiento que nace en Europa en el s. XV con el Renacimiento. Entonces entra en crisis la idea de un ente exterior o Dios que maneja y cambia la historia, y se descubre la autonomía de lo real. A partir de Copérnico y Galileo, comienza un proceso creciente de secularización, por el que cada uno de los ámbitos de la realidad se va independizando de la Iglesia, que hasta ese momento gobernaba todo, y todavía pretende seguir con esa actitud en algunos campos como, por ejemplo, la ética y la moral.

En definitiva, las dos palabras clave para el paradigma moderno son la *autonomía* y la *racionalidad*. Y estas palabras llegan hasta hoy.

El mundo es autónomo. Dios, aunque sea su Creador y el que lo mantiene en su ser, no es absolutamente necesario para explicar su funcionamiento. Y los creyentes que ya han salido del paradigma anterior, consideran que es maravilloso que el mundo sea capaz de funcionar por sí mismo.

La otra palabra clave de la modernidad es la racionalidad. La Ilustración la colocó en el primer plano, hasta el punto de llamar a la razón humana “la diosa Razón”. Los ilustrados y la modernidad no quisieron sentirse como juguetes de la divinidad. Y, desde la autonomía y la racionalidad, no quisieron admitir a Dios como un Ser intervencionista. El yo, el ego, es el centro de la escena moderna, un yo racional y autónomo, que sustenta nuestra cultura actual, donde priman el individualismo y el egocentrismo.

En este paradigma, Dios no es concebido como algo o alguien separado, sino como “la Dimensión de Profundidad de lo real”, como dice el teólogo Paul Tillich, como el fundamento de todo lo que es. San Agustín había dicho ya que “Dios es más íntimo a mí que mi propia intimidad”. De esta forma se pasa de ver la trascendencia como distancia a percibir la trascendencia como intimidad.

En el paradigma moderno se ve a Dios, no ya como el que hace, sino como el que hace ser. En palabras de Kart Rahner, “Dios obra el mundo, no obra en el mundo”. Es el cambio de visión y de lenguaje, de la premodernidad a la modernidad. Dios obra el mundo, está haciendo que todo sea. Es el Dinamismo que hacer ser, pero no obra en el mundo, no es “alguien”, paralelo a nosotros, que actúa; eso sería un mago, pero no Dios. Andrés Torres Queiruga, un teólogo más cercano a nosotros, lo dice de una forma más gráfica: “Dios no es nunca una presencia paralela, sino una presencia perpendicular”. Dios no está frente a nosotros para cuando le necesitemos, sino que está con nosotros, como en la raíz, haciéndonos ser. Así se expresa el creyente en el paradigma de la modernidad. Y sobre esta fe ha de fundamentar su experiencia espiritual. La realidad no tiene ni tres ni dos niveles. La realidad es una y, a lo sumo, tiene aspectos visibles y aspectos invisibles.

1.1.3. El paradigma postmoderno.

Este paradigma todavía está naciendo, estamos asistiendo a su parto. No obstante, podemos señalar dos fechas que pueden estar en sus inicios. Una es Mayo del 68 (una revuelta contra la razón); y la otra es la crisis del 73 (la primera gran crisis energética, vivida como una amenaza).

El nuevo paradigma, una vez más, surge por agotamiento del anterior, porque las gafas ya no permitían ver la realidad, sino que todo lo confundían. La modernidad y la ilustración nos habían hecho grandes promesas, la razón nos iba a liberar de todos los males, y ocurre que el siglo XX ha sido, según muchos historiadores, el siglo más cruel en la historia de la humanidad, con las dos guerras mundiales, el nazismo, el estalinismo y otros desastres.

Nace así el desencanto de la razón, se produce el agotamiento del paradigma que lo había producido, y surge uno nuevo. No se niega el valor de la razón, porque caeríamos en la irracionalidad, lo cual sería peor. Pero, una vez más, nos damos cuenta de que la razón tiene sus límites, como todo lo humano, y no posee todas las respuestas. La razón también necesita ser trascendida.

Trascender la razón es caer en la cuenta de dos realidades, que son las que caracterizan el paradigma de la postmodernidad. La primera es la *deconstrucción* del yo o del ego. No es la destrucción del yo, sino la trascendencia del propio yo. Este yo, nuestro yo, es un producto de nuestra mente en cuanto se apropia de sus propios contenidos mentales, los individualiza, los alimenta con el pensamiento y los sostiene por la memoria, como algo distinto de todo y de todos los demás. De ahí procede el individualismo y todos los egoísmos con sus consecuencias negativas, que la modernidad ha conocido y padecido.

La segunda característica de la postmodernidad, íntimamente relacionada con la primera, es el reconocimiento de la *interrelación de todo*. No hay nada separado de nada, todo está interrelacionado, conectado, somos como una gran red, como Internet, que por algo ha surgido en esta época. A esta conclusión se llega hoy desde tres campos, totalmente distintos pero convergentes: la mística, la física cuántica y la psicología transpersonal. Desde estos tres puntos de vista, sin negar la individualidad, se abre paso la no-dualidad. Y se llega a la afirmación de que, junto con las diferencias entre las formas de todo lo que existe y más allá de ellas, late

una profunda Unidad de todo lo que es. Una imagen que se suele usar frecuentemente es la de la ola y el mar: ¿son una cosa o son dos? Son nodos, porque tanto una como otra son agua. Esa ola que nace y desaparece al rato no es igual a ninguna otra, pero ella y las que la siguen son agua, igual que el océano. Todo está interrelacionado. La imagen de la red es una imagen adecuada para expresar la postmodernidad.

¿Cómo se ve a Dios en este paradigma postmoderno? Dios no está ni lejos ni cerca, ni dentro ni fuera. Dios es el *Misterio de Lo Que Es*. Así se dice “lo que es” en hebreo: “*Yhwh*”. Aunque luego se lo haya entendido como un Dios de rayos y truenos, que te podía castigar hasta la séptima generación. Cuando se piensa a Dios, se lo objetiva y se lo “individualiza”, y todo dios pensado es un ídolo de nuestra mente. Dios no se puede pensar, porque no cabe en nuestra mente. Entonces, ¿qué se puede hacer con Dios? *Vivirlo*. A Dios lo podemos vivir, pero no lo podemos pensar. ¿Cómo vivimos a Dios? Cuando hacemos lo que hizo Jesús. Jesús fue un hombre que vivió a Dios, y por eso “pasó por la vida haciendo el bien”. Cuando entramos por aquí, trascendemos la religión y nos adentramos en la espiritualidad.

2. Hacia una nueva vivencia de la espiritualidad.

Nuestro tiempo, calificado como postmoderno y secularizado, busca sin embargo la vivencia espiritual. La razón quizás sea la velocidad a que está sometido el hombre actual, los múltiples y rápidos cambios que conoce y que hacen que el hombre de hoy padezca una doble enfermedad: la anemia espiritual (Mónica Cavallé) y la superficialidad (R. Panikkar). Lo cierto es que, como hemos oído ya en este seminario, la búsqueda espiritual en nuestro tiempo es creciente. Incluso autores que se declaran agnósticos o ateos impulsan hoy la emergencia de la espiritualidad. Uno de ellos, André Comte-Sponville, filósofo francés, llega a decir que “la espiritualidad es el aspecto más noble del ser humano”. El tiene un libro titulado “El alma del ateísmo”, con el que quiere promover una “espiritualidad atea”, lo cual no es una contradicción.

Para entender esta postura, conviene que veamos la relación entre religión y espiritualidad. Ambas no están ni identificadas ni reñidas. Son como el vaso y el agua que contiene; el agua es la espiritualidad, el vaso es la religión. A quien le sirve el vaso para contener el agua, está bien. Pero si una persona dice que prefiere una botella, también está bien. Y si otra dice

que ni vaso ni botella, que prefiere el agua en la mano, igualmente está bien.

¿Cuál es el peligro de la religión? Su absolutización. Cuando la religión se olvida de que es un instrumento y se absolutiza, como si el ideal de la persona religiosa fuera “ser religiosa”, se convierte en amenaza. No, la religión es un instrumento, como decía Jesús: “No es el hombre para el sábado, sino el sábado para el hombre”. Es un instrumento para que despertemos espiritualmente. Es una herramienta, un cauce, un recipiente que vale por lo que contiene, por aquello a lo que apunta, y a cuyo servicio ha de estar.

La absolutización de la religión es sumamente peligrosa, por un doble motivo: porque conduce al fanatismo en todas sus formas (incluida la guerra de religión o el terrorismo en su nombre) y porque nubla, oscurece o ciega la Realidad que debería desvelar. Es como si absolutizáramos un determinado tipo de vaso o recipiente y olvidáramos que lo realmente importante es el agua.

Esto puede explicar tanto el declive de la religión como el auge de la espiritualidad en el momento actual. En esto conviene ser lúcidos y clarividentes. Jesús nos lo quiso dar a entender cuando afirmó tajantemente que el sábado es para el hombre, no el hombre para el sábado. La religión es sólo un vehículo transportador, un camino para la experiencia espiritual. Su identidad es ser instrumento. Y, cuando se olvida que es instrumento, o se vacía de contenido (lo espiritual) o se convierte en un absoluto (lo principal). Entonces puede ser peligrosa, hacer daño, y muchos pueden abandonarla en su búsqueda de lo esencial.

Por esta misma razón, porque la religión es sólo un vehículo de la espiritualidad, puede darse también una espiritualidad laica, o incluso una espiritualidad atea. La espiritualidad nos conduce a experimentar la verdad, la religión nos da doctrinas o creencias que a lo sumo apuntan a la verdad, pero no son la verdad. La religión nos facilita mapas para entender el territorio, pero no es el territorio; una persona que se queda en la religión se queda en el mapa; la espiritualidad nos permite recorrer el territorio. Mientras que la doctrina que propone una religión es una interpretación de *Lo que Es*, la espiritualidad nos hace adentrarnos en *Lo que Es*.

De ahí que hoy, ante la crisis religiosa y el abandono de la religión, la espiritualidad emergente puede entenderse como un desafío a la religión, aunque en algunos casos y por algunos autores se presente como una espiritualidad atea, sin Dios. Esta espiritualidad no es agresiva, no va

contra Dios, no tiene que ver con el laicismo resentido y beligerante, respeta todas las otras posturas personales. Busca el cultivo de la dimensión profunda del hombre, la trascendencia en la inmanencia; se pregunta por el sentido último de la vida; valora la Naturaleza como espacio de encuentro con uno mismo y con el alma del mundo; infunde esperanza en los momentos límite de la vida, aunque no habla de resurrección personal ni de descanso en Dios.

Para muchos esta espiritualidad es el camino para conectar con la profundidad de lo real y con la unicidad o no-dualidad de todo lo que existe. En realidad, ésta es una nueva expresión y vivencia de la experiencia mística. En la mística clásica Dios es Alguien, “en quien vivimos, existimos y somos”; y el místico, sin caer en el panteísmo, puede decir “yo soy Dios”, como lo dijo el mismo Jesús. El “yo” del místico no es su ego, sino Dios que dice en él “yo soy”. El que vive la nueva espiritualidad y llega a la profundidad de sí mismo y de todo, llega al Ser, que es el núcleo de lo real. Todas las cosas coinciden en que son. El camino para llegar a esta experiencia es el silencio, sobre todo el silenciamiento de la mente, la contemplación.

Llegados a este punto, podemos sacar ya una conclusión. Si todas las cosas que existen se encuentran y se unen en la profundidad, es decir, en el Ser, de quien reciben continuamente la existencia, todas las espiritualidades y las experiencias que engendran también se encuentran en la profundidad de quienes recorren estos caminos. Todos conducen a la misma meta, tanto si se han iniciado en la praxis de una religión como si han tenido su origen fuera de toda religiosidad. Y el Dios de unos es el Ser de los otros, aunque difieran en su interpretación.

Como he dicho antes, el vehículo para llegar a la profundidad es la meditación, que finalmente conduce al hombre espiritual al silencio y descanso en El que es o en Lo que es. En este estado, el meditante o contemplativo puede disfrutar de ser y entrar en comunión con los demás seres y con todo lo que es. Y puede también caer en la cuenta de que quizás lo que es no ha alcanzado todavía la totalidad de lo que está llamado a ser. En este estado de consciencia, el hombre espiritual siente la llamada a la acción que le llevará al compromiso de ayudar a lo que es a avanzar hacia lo que debe ser. Unos lo llamarán compromiso con la historia, otros compromisos por el Reino de Dios, que se realiza en la historia y la impulsa hacia su plenitud. En este compromiso, unos y otros mostrarán que la vivencia espiritual no es una evasión de la realidad histórica, sino el mejor medio para la contemplación de la historia y para asumir los compromisos que nos propone. Para los creyentes en Jesucristo, El es el

modelo de hombre espiritual, de contemplativo que, en el silencio, entendía cuál era el proyecto que Dios tenía sobre la historia. En el silencio escuchó la llamada personal que Dios le hacía, y en su respuesta empeñó su vida hasta el final.

3. ¿Restaurar el pasado o mirar al futuro?

Si recordáis, al comienzo de esta reflexión me hacía esta pregunta: ¿Será posible hoy mantener lo que queda de las estructuras que en otro tiempo sirvieron para engendrar la experiencia religiosa y espiritual e incluso podríamos recuperar lo perdido para favorecer su resurgimiento en nuestro tiempo? Con esta pregunta quería aventurarme a dar una respuesta al tema que se me propuso desarrollar. Decía también que los cambios que se han dado en los últimos años, y que todos hemos conocido y a veces padecido, tendríamos que verlos como una oportunidad para un resurgimiento de la espiritualidad, para un avance hacia algo mejor, que no se da de un día para otro. Hemos contemplado los grandes momentos o paradigmas en el cambio cultural, y hoy el cambio es tan grande que hablamos de un cambio de época más que de una época de cambios.

Ahora bien, aunque el cambio cultural haya sido o esté siendo grande, tratándose de la historia, nada surge de la nada y nada desaparece de pronto y totalmente.

Esto es tanto más verdadero en nuestro tiempo, que es un tiempo definido como el tiempo de la rapidez y la aceleración. En el campo de lo material, la industria por ejemplo, la aceleración y la rapidez pueden ser buenos y ser tenidos como logros y valores del progreso alcanzado por el hombre. Pero, cuando se trata de la cultura, y más concretamente de la experiencia espiritual, ambas cosas pueden ser contravalores y perjudicar al mismo hombre. Se necesita un tiempo mayor para su procesamiento. El achaque de superficialidad que se hace al hombre de hoy, tiene aquí su raíz, y probablemente el abandono que muchos han hecho o puede hacer de una religión y la afiliación a otra, también obedece a esta falta de profundidad, bien sea de la persona religiosa, bien de la misma religión.

La cultura en que vivimos o el paradigma postmoderno nos aportan datos suficientes para clarificar nuestras posturas ante la religión y la espiritualidad. Estos datos nos llevan a distinguir entre religiosidad, religión y espiritualidad, así como a clarificar lo que se puede pensar acerca

de Dios. La religiosidad, y su expresión en las religiones concretas, siempre debe estar al servicio de la espiritualidad, que se centra en la experiencia de Dios en el silencio contemplativo y no en las imágenes que de Dios pueda elaborar la mente humana. Los místicos de todos los tiempos y en todas las religiones siempre han pensado así. Y esta es la mejor lección y testimonio del pasado que hemos de mantener.

En el silencio contemplativo, el místico disfruta de la presencia de Dios, en quien sabe que existe, entra en comunión con todo lo que existe y escucha la Voz interior que le impulsa a la acción para llevar todo a la plenitud de la existencia. Bien entendida, la experiencia mística o la vida espiritual no es un abandono de la acción, sino el mejor impulso para llevarla a cabo y para encauzarla en la buena dirección. Los ejemplos son numerosos en la historia de la espiritualidad. Para los cristianos, Jesús de Nazaret es el mejor testigo.

A partir de estas lecciones del pasado, podríamos sacar algunas conclusiones para el presente y el futuro.

1ª. La postmodernidad nos ha llevado a distinguir claramente entre religión y espiritualidad. La religión, sea la que fuere y con todos los elementos que la componen, debe estar al servicio de la espiritualidad, ha de servir para engendrar y mantener viva la experiencia espiritual, so pena de perder su valor y sentido. De ahí que la religión está sometida al cambio, en el tiempo y en el espacio, mientras que la experiencia espiritual será el objetivo permanente a perseguir.

Como decía Mircea Eliade, la religiosidad es el tejido de lo humano. Hasta el punto de que donde no hubiera religiosidad, no habría humanidad, porque el hombre está hecho de sed de lo espiritual. Lo constitutivo de la realidad finita es que necesita de lo infinito, y esto es lo que la hace sobrevivir. Bien entendidas las cosas, todas las formas religiosas que han existido y existen hoy son manifestaciones, siempre relativas, de ese deseo de lo divino y espiritual que habita en el corazón del hombre. Antonio Oliver, gran humanista, decía: “Quien sale de sí mismo para buscar a Dios, nunca lo encontrará, porque Dios se halla en el interior de todo hombre y es Él quien nos impulsa desde dentro a buscarlo”.

2ª. Mirando a las estructuras con que se ha protegido la religión y a veces también la vivencia espiritual, y que pueden ser más o menos favorables, tales estructuras siempre serán secundarias y necesariamente accidentales. Hoy, en la época de la TV y de Internet esto es evidente. Todo está penetrado de las ondas de la cibernética a la que nada se le resiste más

que la conciencia personal y el autocontrol. Ni los muros de granito de un monasterio, ni las rejas de una clausura, ni una regla o unas constituciones, ni la mejor dirección espiritual o pastoral pueden evitar la enorme influencia de estos medios modernos. También en este campo la afirmación de Jesús en el Evangelio es de tremenda actualidad: “Ha llegado el tiempo en que ni en este monte ni en Jerusalén adorareis al Padre, sino en espíritu y en verdad”.

3ª. Por esta misma razón, el hombre del espíritu no ha de tener miedo a ser simplemente laico, como quisieron ser los monjes primitivos en el cristianismo, sin necesitar otras etiquetas o apellidos, vivieran en los desiertos o en los límites de las ciudades. En París hoy ha aparecido una fundación que lleva por nombre “Monjes y monjas en la ciudad”. Su trabajo es como el de cualquier seglar en el mundo, pero su vida es menos secular y mundana. Viviendo entre la gente, no viven como la gente. Y con su sola presencia, pretenden despertar entre sus vecinos y compañeros de trabajo los grandes valores y las preguntas radicales que anidan en todo corazón humano. Con sus respuestas dan razón de su vida y de su fe.

4ª. Quien cultiva la espiritualidad de esta manera, en un tiempo marcado por la prisa y en un mundo secularizado, busca espacios para el sosiego y la soledad. Pueden ser los muros de los viejos monasterios o los espacios abiertos de la Naturaleza o un rincón de la propia vivienda. Pero, si su vivencia espiritual es auténtica, el hombre de espíritu nunca se alejará de la escena social y política. Sin dejar de ser místico, este hombre o mujer será más político. Su lugar habitual de vida será la ciudad, no el desierto. Vivirá constantemente la experiencia de Jesús en el Tabor con sus discípulos, a los que les dice al final de aquel momento sublime “tenemos que bajar del monte”. Y, en el camino a Jerusalén, les enseñó las condiciones de su seguimiento; la compasión y cercanía a los más pobres, la búsqueda de la justicia, la denuncia profética, la oración en Getsemaní, la experiencia del Calvario. No hay contradicción entre mística y política en el Evangelio de Jesús. Él hizo de su vida la mejor escuela de espiritualidad.

5ª. Para terminar, quiero añadir una última conclusión. Personalmente creo que el cristianismo, o como dice Olegario González de Cardedal, la cristianía no es una religión. Es un Acontecimiento: la encarnación de Dios en Jesucristo, su vida, su muerte y su resurrección. Este es el núcleo de la fe y de la espiritualidad cristiana, que se propone al creyente como pauta de interpretación de su propia vida. La espiritualidad cristiana, dice Juan de D. Martín Velasco, es una espiritualidad teologal que se expresa en el seguimiento de Cristo. Y, hablado de la mística cristiana, dice que es una mística de ojos abiertos.

Las formas de religiosidad que se han producido a lo largo de la historia, desde el animismo y las religiones del Neolítico, hasta el sintoísmo, hinduismo, judaísmo, islamismo, incluso el cristianismo, todas se sitúan en la periferia de lo humano y en la periferia de la misma religión. Sin embargo Cristo, cuando revela su mensaje y habla del Reino de Dios, nunca se refiere a la periferia de la religiosidad, es crítico con la religión de su tiempo y se opone a los guardianes del judaísmo, hasta el punto de que los escribas y sacerdotes fueron los que eliminaron crucificándolo.

Cristo nunca se mueve por la periferia, se mueve en el centro de la verdad religiosa. Por eso, creo que se puede decir que el cristianismo no es una religión o que es la religión verdadera. Pero se trata de ese cristianismo, el del centro, donde el hindú, el budista, el judío, el musulmán y el cristiano –si se vienen para el centro- se encontrarían. Desde este convencimiento, nos será más fácil superar las limitaciones con que la religiosidad ha envuelto al Acontecimiento cristiano. Quizás los cristianos tendríamos que hacernos de cuando en cuando esta pregunta: ¿El cristianismo de Jesús es el cristianismo de la posterior religión cristiana? Tal pregunta es la que sustenta y justifica la afirmación clásica *Ecclesia semper reformanda*.

Lo mismo habría que decir acerca de Dios. No es un Dios para pensarlo, sino un Dios para vivirlo. Y en Jesucristo se ha revelado como Alguien, como Padre. Toda espiritualidad, aún la espiritualidad que hoy se dice atea o sin Dios, siempre abre una puerta a la esperanza. Pero también cabe preguntarse: ¿Qué tipo de esperanza puede dar la espiritualidad sin Dios? En los momentos límite, sobre todo en el momento supremo y último de la vida, el hombre necesita descansar en alguien, no en algo, que le reciba y abraza.

Poco antes de morir, el P. Rahner concedió una entrevista a un periodista que, entre otras cosas, le preguntó: “Después de haber hablado tanto de Dios y de las cosas de Dios, ¿qué desearía en estos momentos?” Y Rahner le contestó: “Sólo desearía descansar en su corazón de Padre”.